

# El Lamero

7

El Lamero era un campealino valluno; tenía el físico atlético y los ojos verdes como las hojas de la coca. Era parco en las palabras y arisco con los desconocidos. En el interior de la mina caminaba con la cabeza gacha, sin hablar ni mirar a nadie, ni siquiera al Tío, en cuya galería se sentaba solo, como si estuviese aislado en su propio mundo. Sus compañeros de trabajo lo consideraban un hombre extraño, tan extraño que casi siempre parecía estar rezando. Unos decían que el Lamero llegó a la mina como prófugo de la justicia, tras haber cometido un crimen pasional en la cantina de su pueblo, donde conoció a una mujer que lo engañó con su mejor amigo. En tanto otros decían que el desenlace del crimen no fue un ajuste de cuentas por una querrela amorosa que se inició apenas se conocieron, sino por un acto de honor que, con el paso del tiempo, se le fue transformando en un remordimiento que no lo dejaba vivir ni conciliar el sueño. En la cabeza se le grabó el impacto de las puñaladas y en el alma se le metió una angustia más pesada que la lápida. Y, aunque apenas tenía 30 años cumplidos y se encontraba en la plenitud de su vida, se sentía como un anciano aguardando la muerte.

El último día que el Lamero despertó angustiado, la mañana era fría y la luz que penetraba por la ventana, incidiendo en los cristales, le hirió los ojos, deslumbrándolo. Tosió con la intensidad de los silicosos y se desesperó en la cama sin sospechar que éste sería el último día de su vida, aunque su actual concubina, una mujer supersticiosa que sabía leer los pensamientos ocultos en el brillo de los ojos, le dijo que en su sueño vio cruzar por la puerta una carreta de fuego tirado por dos caballos, cuyos cascos rompían con el silencio de la noche. El jinete, que tenía el aspecto de macho cabrío, iba anunciando la muerte a gritos mientras hacía silbar un lazo en el aire.

El Lamero, sin escuchar el relato de su concubina, a quien le recogió de la calle para aplacar sus penas y satisfacer sus deseos reprimidos, se levantó de la cama y se vistió de espaldas a la pared. Tomó el desayuno y se echó a los hombros la bolsa de Calcuta.

Su concubina se volvió sobre la cama y, convencida de que el sueño le anunció la tragedia, le dijo:

-No vayas a la mina. Tengo el presentimiento de que nunca más volveré a verte con vida.

El Lamero no contestó. Se caló el guardatojo hasta las cejas y se arrojó con la fubanda.

Su concubina se levantó de la cama intentando persuadirlo, pero como sus insinuaciones no obtenían respuesta alguna, ni sus explicaciones lograban romper con el mutismo de ese hombre taciturno, a quien empezó a amarlo con todo el furor de su alma, se volvió a meter en la cama, se aferró a las frazadas y rompió en sollozos, convencida de que nunca más volvería a verlo con vida.

El Lamero abrió la puerta y ganó la calle, donde el viento soplaba con furia, calándose por las puertas y ventanas cubiertas con nilón.

Estando ya en el interior de la mina, se dirigió a la galería del Tío, donde pichó hojas de coca y fumó k'uyunas. Sus compañeros, no sin antes saludarle con el mismo respecto con el que le saludaban al Tío, se retiraron de la galería y lo dejaron tranquilo, pues, por el semblante que tenía, parecía estarle suplicando al Tío que no le deje morir en los socavones y le ayude a sortear los peligros. Lo cierto es que, después del Tío y la Chinasupay, él era el obrero más respetado en el interior de la mina, donde se ganó el aprecio y el respeto de todos, desde el gerente de la empresa hasta el último trabajador de la mina. Nadie ponía en duda su coraje ni su fortaleza física. Todos sabían, de alguna manera, que el Lamero era un hombre suicida, capaz de treparse a las alturas, librar una batalla cicolépa contra las rocas y reírse de la muerte. Él protagonizaba la búsqueda del mineral y él decidía la suerte del paraje. En él estaba concentrada la experiencia colectiva y la sabiduría popular; era el ingeniero empírico y poseía el instinto del químico, no sólo porque reconocía la ley del mineral a simple vista, sino también porque al pulsar un pedazo de roca, olfatearlo y saborearlo, podía detectar el lugar dónde se escondía la veta.

Cuando el Lamero terminó de pichar, se despidió del Tío y se endilgó hacia el paraje donde el laborero y el jefe de la galería lo esperaban expectantes, pues había llegado el instante de lamear la roca, de serenar los nervios y mantener la calma. El Lamero se sujetó el guardatojo con una cuerda que le cruzaba por debajo de la mandíbula, muy cerquita del cuello, y preparó el material para armar el tiro a treinta metros de altura; en su bolsa de Calcuta, puso los cartuchos de dinamita, las guías de cincuenta metros de largo, los fulminantes, el fósforo y la greda para sujetar la carga explosiva contra la grieta de la roca. Además de su bolsa de Calcuta, llevaba un martillo puntiagudo al cinto, como los alpinistas dispuestos a desafiar los peligros de la montaña. No tenía armellas ni grampones en las botas de goma. No usaban mosquetones ni cuerdas de nilón. Le bastaban sus robustas manos, cuyos dedos largos, nudosos, tenía unas uñas afiladas como las garras de un felino. Escupió saliva verdosa sobre la palma de sus manos y, a tiempo de agarrarse de las salientes de la roca, los músculos se le tensaron como las cuerdas del arpa.

El rajo vertical, que de sólo mirarlo provocaba vértigo, se abría como una chimenea entre la hermosura del cuarzo cristalizado y los fulgores enervantes del rosciler. Pero el Lamero, no sin antes apreciar que la naturaleza arisca atrapada en los socavones era tan bella como el propio altiplano, siguió trepando por unas trancas hechas de callapo, que él

iba acomodando en forma de escalera mientras ascendía hacia la bóveda, sin otro pensamiento que alcanzar ese enorme tajo de la montaña, donde debía preparar el tiro y lamear la roca.

El sabía que el rajo, con sus grietas y cataduras, ofrecía riesgos graves, que no siempre estaban compensados por la satisfacción de sentirse un hombre araña, ya que cada vez que estaba arriba, balanceándose en las alturas como un malabarista, se abría a sus pies el inicio de un abismo sin fondo, donde podía caer sin más consuelo que sufrir una muerte inesperada pero segura. Sin embargo, este sistema de trabajo, que él realizaba a 20 ó 30 metros de altura, parecía concederle una satisfacción de orden moral, como si se le hubiese desarrollado una pasión mórbida por las ascensiones peligrosas. Estaba acostumbrado a jugar con la muerte y con el suspense de sus acompañantes, quienes le seguían con la mirada, paso a paso, milímetro a milímetro, hasta cuando él se convertía en un punto de luz oscilando en las alturas.

El Lamero, prendido a la bóveda como un murciélago, sacó el material explosivo de su bolsa de Calcuta y preparó el tiro con la precisión de artesano, mientras el laborero y el jefe de la galería, que lo miraban desde abajo, la nuca torcida a la espalda y los ojos vueltos hacia arriba, esperaban con paciencia el término de la jornada.

El Lamero, que aprendió a combatir sin tregua contra las rocas, chispeó la pólvora de la guía y se dispuso a descender por la misma escalerilla por la cual ascendió entre la luz y la sombra. De pronto, como si fuese a saltar en el vacío, se precipitó dando tumbos entre los riscos filudos de la roca. Cuando su cuerpo se aplastó contra la parrilla, el laborero y el jefe de la galería, llenos de estupor y conmocionados por el descalabro, constataron que el Lamero tenía la cabeza partida y los huesos atravesados. No perdieron tiempo. Levantaron el cuerpo sin vida y buscaron refugio en el paraje aledaño, a la espera de la explosión de dinamitas, cuyo trauquido desprendió grandes planchones de roca, seguido por un humo espeso que parecía el caldo de gallina. Lo único que quedó en el rajo fue el guardatojo del Lamero, con la lámpara encendida como una chispa en las tinieblas.

- Esta vez no le salió como antes - comentó el laborero, mientras una lágrima le partía la cara.

Seguidamente guardaron un respetuoso silencio, hasta cuando el jefe de la galería dijo:

- De nada le sirvió su fortaleza física ni la destreza adquirida en el rudo laboreo de la mina.

- Tampoco le sirvió de nada ser el tercer amo de la mina, después del Tío y la Chinasupay - replicó el laborero, los ojos vidriosos y la respiración atascada

entre el pecho y la espalda.

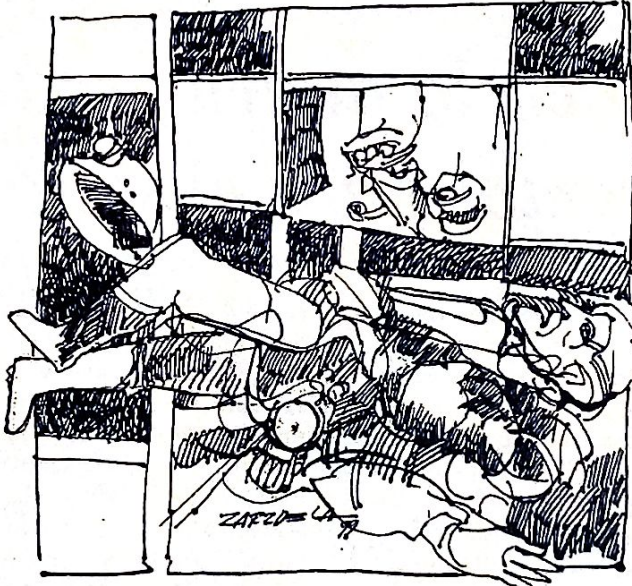
Al término de la faena, cuatro mineros cargaron el cadáver hasta su casa, donde los recibió su concubina, quien estaba empapada en lágrimas y vestida ya de luto.

- Yo sabía esto - les dijo sollozando-. Esta mañana no me equivoqué cuando le dije que mi sueño me anunció su muerte...

Los mineros, pronunciando palabras de condolencia, tendieron el cadáver sobre la cama. Le lavaron el cuerpo y le cambiaron de ropa. Después lo depositaron en un ataúd negro, que fue velado en la sede del Sindicato, donde asistieron desde el gerente de la empresa hasta el último trabajador de la mina.

Los mineros, congregados en torno al difunto y acompañados de planideras, masticaron hojas de coca y sorbieron tragos de aguardiente, mientras exaltaban las proezas y la imagen del Lamero, quien murió tragado por esa tenebrosa profundidad que se abría a sus pies cada día.

A la mañana siguiente, tras acompañar los funerales hasta el cementerio, sepultaron el ataúd en una fosa pedregosa, con la esperanza de que por fin hallara la paz en su última morada, pues todos conocían el secreto a gritos del Lamero, quien, luego de haber cometido un crimen pasional en su pueblo, vino a purgar sus penas en el calvario de la mina, donde se ganó el respeto y la admiración entre los trabajadores que lo tenían por Suicida.



**VICTOR MONTOYA. (La Paz-1958).**

**Autor de «Huelga y Represión».**

**«Cuentos violentos» entre otros.**

**Reside en Estocolmo (Suecia)**